

Muy Señora mía

No son momentos para regocijarse de una misma, ni tampoco para jactarse delante del público que la escucha con atención. Si usted comprendiera las gansadas que escupe continuamente, jamás viviría feliz con esa mancha en su persona; bien estaría resguardada de las pezuñas del diablo o tal vez de una maloliente verborrea. Pero hoy no voy a mancillar su buen nombre, mi señora, no soy la clase de demonio que preña a una joven hasta la locura. Usted necesita engalanar el entorno en el que está envuelta, exponer sus victorias en vanguardia; creo que así se sentiría muy satisfecha. Sin embargo, conmigo será en vano, pues esta carta es un adiós, una separación deseada pero aún atada a los hilos de vuestros cabellos. Comprendo que hay que tener resistencia para no volver a verla, usted arroja belleza antinatural, exuda amor y vanidad. No obstante, debo purificar mi alma de su hermosura, porque cada vez que pienso en visitarla, me hechiza letalmente.

Ahora, señora mía, podrá usted ser la reina de la pedantería; no conmigo. El próximo nombre que su boca aspire será partícipe de su propio pasatiempo.

El Sol ha salido, los rayos atraviesan mi ventana, mis dedos escriben esta carta con ilusión y poderío; posiblemente sea la causa de mi atrevimiento, pero la dicha es magistral, pues no volveré a verla mientras recuerde su perjuicio.

Hoy, trece de Abril de mil ochocientos doce, colocaré el punto y final a una vida en la sombra, a una existencia banal bajo las faldas de una delicada bestia. Sí, ya puedo pensar en el amanecer de mañana, en el placer de amar la soledad y mi nueva humanidad. El mundo me espera con los brazos abiertos, pues usted, mi señora, acaba de recibir mis irreversibles condolencias.

El amante.